



Redacción y Administración: José M.^a Quadrado, 40. = 10 Cént. número

AÑO VII. *

CIUDADELA, JULIO DE 1918.

* NÚM. 77.

SUMARIO:

Sección doctrinal: «El Escapulario de Nuestra Señora de Monte-Toro», pág. 21.

Sección poética: «A la Virgen del Toro», por D. Francisco de Borja Moll, pág. 23.

Sección histórica: «Efemérides monte-torinas» (Mes de Julio) pág. 23.

Sección literaria: «Sor Fidencia», (continuación) pág. 23.

SECCIÓN DOCTRINAL

EL ESCAPULARIO DE NUESTRA SEÑORA DE MONTE-TORO

Todos los que habéis visitado el Santuario de Nuestra Señora de Monte-Toro, todos, sin duda, habréis comprado alguna cosita, alguna estampa, alguna medallita, y quizá algún escapulario, para regalar a vuestras familias, a vuestros amigos y conocidos. ¿Habéis, parados mientes en lo que es el Santo Escapulario, en su simbolismo, en su significación, etc?

EL ESCAPULARIO DE NUESTRA SEÑORA DE MONTE-TORO, considerado bajo el punto de vista material solamente consiste en dos pedacitos de tela unidos por dos cintas o cordoncitos, como otros escapularios; más, visto y

considerando con los ojos de nuestra fé, es un distintivo honorífico de todos los buenos menorquines, a quienes la Madre de Dios ama con amor de predilección, es impenetrable escudo con que la Virgen bendita protege nuestro pecho, para que contra él se estrellen los enconados tiros del enemigo, es misterioso canal por donde nos vienen del cielo gracias abundantísimas; es garantía de nuestro amor y devoción hacia la Virgen Santísima; es llave de oro que un día nos ha de abrir las puertas de la mansión de paz, si nos portamos cual cumple a un verdadero hijo de la Virgen del Toro como debe serlo todo menorquín.

HA RECIBIDO EL NOMBRE ESCAPULARIO por la parte del cuerpo que cubre, pues la palabra *scapulae*, de la cual se deriva *escapulario*, significa espaldas, so-

bre las que debe colgar incondicionalmente una de sus dos piezas.

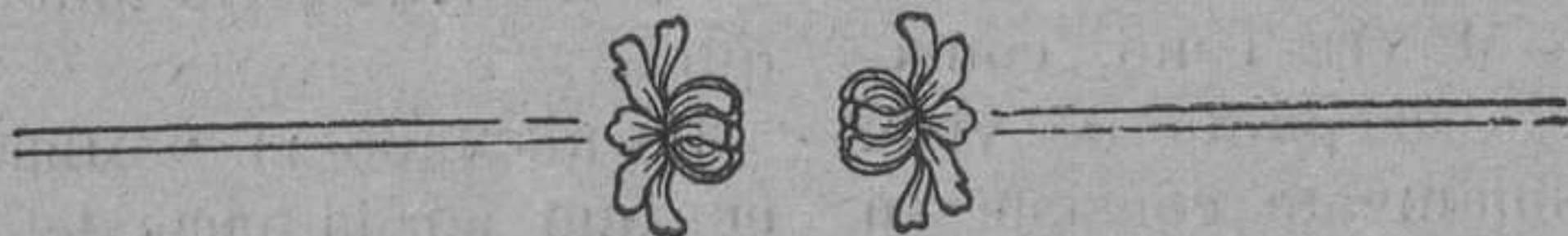
AUNQUE EL ESCAPULARIO DE NUESTRA SEÑORA DE MONTE-TORO SEA DE INSTITUCIÓN ECLESIASTICA, como otros, a excepción del de la Virgen del Cármen, que además del de estar autorizado por la Iglesia reconoce por origen la voluntad expresa de la Madre de Dios, son innumerables los privilegios y gracias que se conceden y se han concedido a los que visten y han vestido tan hermosa librea.

LOS COLORES DEL ESCAPULARIO DE LA VIRGEN DEL TORO que se usa hoy día son: el amarillo y el azul, colores que figuran en la señal o distintivo marítimo de Menorca, y que a instancias de la benemérita Adoración Nocturna de esta Isla, y de las nobles Camareras de Jesús Sacramentado que se encargan de su confección, con envidiable contento, y según solicitud del señor Capellan Custodio del Santuario don Antonio Taberner fué *aprobado provisionalmente* — mientras se estudiasen cuales debían ser sus colores propios—por decreto del Sr. Gobernador Eclesiástico (S. P.) M. Ilre. Sr. don Sebastian Vives, en 16 de Agosto de 1907.

A NUESTRO HUMILDE ENTENDER EL COLOR QUE DEBE FIGURAR EN EL SANTO ESCAPULARIO es el blanco, color que nos recuerda la pureza de María Santísima, lo mismo que la pureza de costumbres y castidad que debe guardar el que es devoto de la Virgen e igualmente nos recuerda el hábito de los religiosos de la Merced, que por sabia providencia del Señor, fueron los que hallaron la imagen de Nuestra Señora de Monte-Toro. Los colores amarillo y azul no solo son peculiares a Menorca, sino que también a Mallorca e Ibiza pues también figuran en sus distintivos marítimos. Digo distintivos marítimos porque en la bandera de Menorca, — caso de que la haya, — parece deben entrar las llamadas burras de Aragón, o sea amarillo y rojo o encarnado, y estos colores no entran en la confusión actual de los escapularios de Ntra. Sra. de Monte-Toro.

Ten pues, caro amigo o amiga, quien quiera que seas, lector amable, en suma veneración el escapulario de Nuestra Excelsa Patrona, y llévalo encima tu pecho, y recibirás mil bendiciones de la Virgen.

Ciudadela.



SECCIÓN POÉTICA

A LA VIRGEN DEL TORO

CUAL el ave prisionera
siente dolientes nostalgias;
cual el triste desterrado
sufre, lejos de su Patria,
y en las noches angustiosas
bajo la luna plateada,
con el corazón opreso
llora su desdicha amarga,
así yo, Virgen bendita,
siento tristeza y nostalgias
de vuestro rostro divino,
de vuestra faz adorada,
de vuestras negras pupilas,
de vuestras dulces miradas,
de vuestro amor, Madre mía,
de vuestro amor Madre amada.
Y en los cantos amorosos
que brotan tiernos de mi alma,
siempre, siempre vuestro nombre
resuena en cadencia grata
porque no puedo olvidaros,

¡oh, Virgen Inmaculada!
¡porque me desgarras y cruels
mis dolientes añoranzas,
como al triste desterrado
los recuerdos de su patria.

FRANCISCO DE B. MOLL.

Ciudadela, VII—18.



EFEMÉRIDES

MONTE-TORINAS

8 JULIO DE 1786.—Fallece en este día, y en el Convento de Agustinos de Monte-Toro el Hermano de Obediencia Fray Juan Coll.

* * *

24 DE JULIO DE 1782.—Muere en el mismo convento de Monte-Toro, el P. Fray Miguel Inglés. Era prior el Rdo. Fray Bartolomé Seguí.



SECCIÓN LITERARIA

SOR FIDENCIA

(Continuación)

Después de los anteriores párrafos del elegante historiador granadino, sólo me resta dar noticia del viaje por mar en que tuve el gusto de conocer a la hija del emigrado catalán de 1825.

Aficionado desde niño a la lectura de las leyendas árabes, su es-

tudio llegó a despertar con el tiempo en mi corazón el deseo de visitar especialmente dos ciudades, dos perlas, las cortes de Abenjafá y Boabdil, Valencia y Granada. Por fortuna en Julio de 1867 pude emprender uno de estos dos viajes, sin que jamás acierte a describir la alegría que sentí cuando mis ojos divisaron a Valencia, a la odalisca del Mediterráneo, a la Nápoles de España.

Unos cuantos días llevaba entre los hijos de la poética ciudad de Turia, cuando una mañana de Agosto me anunciaron ciertos

amigos que a las cuatro de la tarde siguiente nos esperaba en la playa un bote para dar un paseo por el gran charco.

La tarde no podía estar más apacible. Soplaban una brisa deleitosa como el sí de la mujer amada, y el sol en su derrotero hacía el ocaso rielaba de tal modo en la rizada superficie, que el Mediterráneo parecía un océano de diamantes.

Después de haber navegado un par de millas al Este, divisamos un bulto informe en el confín del horizonte, bulto que fué poco a poco destacándose hasta que al cabo de unos cuantos minutos distinguimos perfectamente una magnífica fragata que ostentaba por divisa la bandera estrellada de los Estados Unidos.

La fragata ancló a media milla del puerto, y como si el patrón hubiese comprendido nuestros deseos viró a babor hacia aquel sitio. Pronto dejamos atrás la obra de la embarcación americana, con la diferencia de que mientras mis compañeros se dirigieron al camarote del capitán, yo, sin pedir permiso a nadie me encaminé a popa, donde bajo el mesana había visto desde la lancha a una mujer, vestida de un modo particular cual si fuese una hija de San Vicente de Paul, sentada y con un libro en las manos.

La del libro, que no era otro que los Evangelios, levantó los

ojos y los fijó en mí sumamente afectuosa. Era una matrona de unos treinta años, alta, bien parecida, de cabellos rubios como los rayos de un lucero y tez blanca como la flor de la chamela; en su mirada resplandecía el genio, y por su exterior no podía descubrirse la nación en que había nacido ni la raza a que pertenecía.

La saludé en francés, pero ella se apresuró en contestarme en castellano. ¿Habría pretendido acusarme de mal patriota? Excitado por esta y otras curiosidades, procuré entrar en conversación, lo suficiente para saber que la heroína que tenía delante, aunque nacida en Francia, debía la existencia a padre español; que su destino en la tierra era amparar a los desgraciados y curar a los heridos do quiera los hallase; que los acontecimientos de su vida no podían ser más novelescos; que venía de Méjico, en cuyo Estado había permanecido durante la última guerra entre el Imperio y la República; que en la mañana del 19 de Junio había hablado con Maximiliano de Habsburgo en Querétaro, poco antes de que le condujesen desde la celda del convento de Capuchinas al cerro de la Campana, lugar de su suplicio, y que al presente regresaba a Valencia, donde solía pasar en épocas bonancibles algunas temporadas.

(Concluirá.)

